

## SANTA EULALIA

(Mérida, 10 de diciembre de 2025)

Querido Don Juan Cascos, párroco de esta parroquia y rector de esta Basílica, Don Jesús Sánchez Adalid, adscrito a la misma; queridos Vicarios episcopales, arcipreste y sacerdotes concelebrantes; Sr. Alcalde y autoridades civiles y militares, hermanos emeritenses y peregrinos: ¡*El Señor os dé la paz!*

Celebramos hoy con sano orgullo la patrona de esta Ciudad y de la juventud de nuestra Archidiócesis, Santa Eulalia, la niña Mártir. Esta celebración nos remonta a los orígenes del cristianismo en la Hispania romana, pues como muy bien dijo el papa Francisco, aquí nació el cristianismo en la Península Ibérica. Recordando el martirio de Santa Eulalia hacemos memoria de la Iglesia de los obispos Fidel y Masona, inmortalizados en la *Vida de los Santos Padres Emeritenses*. Una Iglesia que vivió momentos turbulentos, en un ambiente de represión, tensiones y celos de difíciles equilibrios, herejías y ambiciones personales. Una Iglesia obligada a vivir y celebrar su fe en la clandestinidad, como nos lo recuerda la *Domus ecclesiae* con el crismón, que se encontró a pocos metros de esta basílica. Pero también recordamos a una Iglesia de grandes testigos de la fe en Cristo Jesús, como es el caso de Santa Eulalia, martirizada alrededor del año 304, y de otros muchos mártires de la gran persecución contra los cristianos en tiempos del emperador Diocleciano.

Eulalia, todavía una niña, no dudó en enfrentarse al Gobernador romano, Calpuriano, negándose a ofrecer incienso a los dioses del imperio y profesando públicamente su fe en Jesucristo por lo que sufrió azotes y fue quemada viva. La vida y la noticia de su martirio se extendió rápidamente por el Imperio convirtiendo la ciudad de *Augusta Emerita*, la actual Mérida, en una de las metas más importantes de peregrinación de Europa occidental durante la Alta Edad Media, al tiempo que fue proclamada defensora de las tropas cristianas y patrona de las Españas en tiempos de la reconquista.

Santa Eulalia, aun viviendo en el siglo III, conserva una gran actualidad en los tiempos en que vivimos. Su testimonio de fe atraviesa las fronteras de los tiempos sin perder en nada su actualidad y su fuerza. Ella nos ha dejado a los cristianos de todos los tiempos, particularmente a los cristianos de los tiempos difíciles como pueden ser los nuestros, el ejemplo de firmeza ante la persecución y ejemplo de fe inquebrantable.

El significado etimológico de mártir es testigo. Pero nadie es testigo de sí mismo o de sus propias ideas. El testigo da testimonio de un acontecimiento. Y es en este sentido en el que Jesús dice a sus discípulos: “vosotros seréis mis testigos” (Hc 1, 8). Los mártires, también santa Eulalia, son testigos no de una opinión, sino de un hecho: el hecho cristiano. El mártir se deja matar no tanto por una doctrina, sino por dar testimonio de una historia, de una persona: Jesús. Celebrar su memoria nos obliga a seguir su ejemplo. Los mártires nos muestran que todo cristiano está llamado al testimonio de la vida, también cuando no llega al derramamiento de la sangre, haciendo de sí mismo un don a Dios y a los hermanos, imitando a Jesús. “Los mártires no son héroes de un pasado lejano; son testigos actuales de la esperanza, hombres y mujeres que han hecho del Evangelio su razón de vivir y de morir. En su entrega, la Iglesia reconoce el rostro luminoso de Cristo que vence al mal con el bien” (León XIV).

La sangre de los mártires sigue siendo semilla de nuevos cristianos. La Iglesia de hoy, la Iglesia de Mérida no puede olvidar el ejemplo ni dejar de beber en la fuente de su testimonio.

Las lecturas que hemos proclamado nos ofrecen el programa de vida del que nos dio testimonio santa Eulalia. San Pablo nos decía en la segunda lectura: "Si morimos con él, con Cristo, viviremos con él, si morimos con él, viviremos con él, si perseveramos, reinaremos con él" (2Tm 2, 8). El secreto de la vida de santa Eulalia está en ese "con él". Eulalia vivió con él, murió con él, perseveró con él, por eso reina con él. Su valentía ante los sufrimientos no se puede explicar de otro modo. Unida a Cristo fue él quien le dio la fuerza para enfrentarse al martirio. A su tierna edad, Eulalia fue una mujer fuerte, como las que canta la Sagrada Escritura; una mujer que esperó la llegada del Señor con las lámparas encendidas (cf. Mt 25, 1-13); una mujer adulta en la fe, una mujer bien despierta para que cuando llegase el Señor la encontrase en vela.

En este sentido, el Evangelio que hemos proclamado nos invita a estar en todo momento disponibles para escuchar a Dios, para recibirlo. No sabemos ni el día ni la hora en que se hará presente en nuestras vidas, hay que reconocerlo y aceptarlo sin contratiempo. Adviento, tiempo litúrgico en que nos encontramos, nos pide estar despiertos para recibir al Señor apenas llegue, nos pide que no nos distraigamos en las cosas de este mundo olvidando las cosas importantes, las que cuentan. Esto implica tener un corazón preparado y disponible, tener una relación habitual de amigo a Amigo.

Oremos, queridos hermanos y hermanas, para que no nos cansemos de testimoniar el Evangelio también en tiempo de tribulación. Que el martirio de Santa Eulalia sea semilla de paz y de reconciliación entre los pueblos por un mundo más humano y fraterno, esperando que se manifieste en plenitud el Reino de los cielos, cuando Dios será todo en todos (cf. 1Cor 15, 28). *Fiat, fiat, amén, amén.*